

ARTE • LETRAS • ESPECTACULOS

LIBROS

La verdadera verdad de una farsa

Una novela como «Yo maté a Kennedy» —Biblioteca Universal Planeta, 1972— dará ocasión, sin duda, a renovadas protestas en nombre de la novela tradicional. La estimativa de un amplio sector crítico se muestra especialmente implacable en estas aduanas adjetivales por las que la nueva obra ha de pasar y someterse a minucioso cacheo antes de conseguir su patente, y no sería extraño que a Vázquez Montalbán le decomisaran su segunda novela por no ajustarse a la idea que del género tienen los carabineros. Es un expediente fácil y, sin embargo, arbitrario, en la medida en que esa idea encubre un vacío que no parecen dispuestos a resolver ni siquiera los más decididos intentos de formalización. Siempre queda, no obstante, el recurso de la tolerancia tal como lo ejerce Butor, al decir que la novela es «una forma particular del relato».

En el marco de esta definición amplia y acogedora, no cabe duda de que «Yo maté a Kennedy» es novela, y, como sospechará el lector habitual de Vázquez, una novela despreocupada, fácil, que divierte y que puede leerse a varios niveles. Todo esto es posible por su condición de rigurosa farsa, en el ajejo sentido del vocablo. «Yo maté a Kennedy», como antes «Recordando a Dardé», son raras muestras de este género casi extinguido,

pero de larga tradición entre nosotros. Farsa era lo que hacían Quevedo, Moratín, Larra o Valle-Inclán —y Brecht o Cortázar—; es decir, ese sabio realismo, tan sabio y tan real, que encuentra estrecho el criterio de la verosimilitud e introduce una distancia clarificadora que facilita la perspectiva.

A Vázquez le impone esta estrategia su instinto crítico. Quien conozca el conjunto de su obra sabe, sin duda, que hay en esa asombrosa miscelánea un fondo constante y continuo, una básica unidad que abarca desde sus poemas hasta sus reportajes, algo así como un lenguaje que informa sus distintos modos de expresión. Es el lengua-

je de ese mundo está en su imagen. El mundo de los Kennedy es para nosotros el precipitado final de una compleja manipulación publicitaria que ha llegado a despojarlo de su consistencia real para conferirle, a cambio, una curiosa consistencia imaginaria. Nada tiene de raro, en ese sentido, intentar su historia imaginaria, y eso es lo que ha hecho Vázquez: *history-fiction* y, por supuesto, *story-fiction*. Lo cual no entraña tanta gravedad preceptiva, después de todo, considerando esta frase de Azorín: «Al despedirnos de la historia entramos en la novela, es decir, en el terreno de la verdadera verdad». La verdadera verdad de «Yo

maté a Kennedy», en cualquier caso, está dicha en voz baja, o, mejor, entredicha, insinuada al hilo de una narración diestra y de doble fondo. La hilarante aventura del guardacarpas gallego autor de estas Memorias inverosímiles no es más que un pretexto astutamente urdido para encubrir una profunda sátira de los poderes ocultos entre los que nos movemos con familiaridad suicida y, en especial, del poder invasor de los *mass media*. Pero bajo este nivel secundario, la lectura descubre al lector atento un fondo definitivo: la sátira de una

high cultura sofisticada y probablemente insertible. «Yo maté a Kennedy» continúa así en secreto la formidable purga anticulturalista —no creo que se pueda decir anticultural— que corre diluida en toda la obra de Vázquez, y que cristaliza en el «Manifiesto subnormal» bajo la máscara equívoca de un escepticismo amargo, iconoclasta, con pitagórica vocación de tabularasa o de petardo bajo el «trivium» y el «cuadrivium». Por eso es significativo el lenguaje en que está escrita esta novela, un discurso cargado de intención que oscila entre el prosaísmo al estilo de los medios de comunicación de masas y el tono críptico de los peores y mejores sociólogos. Parece como si el autor tratara de poner entre paréntesis al propio lenguaje en tanto que aliado de una cultura que se revela en última instancia como el más poderoso instrumento de integración; es decir, de mostrar en qué medida la ideología estriba en el lenguaje, en qué medida éste no es sino la liturgia de esa ceremonia de la confusión que simboliza la jerga delirante introducida por el autor en algunos pasajes.

Remozada y al día, la obra de Vázquez renueva la tradición farsesca, nunca del todo extinguida, de la «Derrota de los pedantes», «Los eruditos a la violeta», la «Aguja de navegar cultos» o aquella «Perinola» que, si no recuerdo mal, a un Montalbán va dirigida. Es decir, la vieja prevención hispana, sabia y cazurra, frente a la manipulación culturalista y la tiranía de los cultos. ■

JOSE A. GOMEZ MARIN.

Epitafio para un «boom»?

Estoy por decir que en la política editorial española está funcionan-

do el axioma «a "boom" muerto, "boom" pueños». Cuando apenas hacía un año que se había publicado «Cien años de soledad» y comenzaba a apuntar el «boom» de la novela hispanoamericana, Pablo Gil Casado puso un epitafio crítico sobre la tumba del realismo social, de la llamada escuela de la berza (1). Ahora que, desde el punto de vista de la estrategia comercial, el «boom» de los latinoamericanos deja paso al de la «nueva novela española», un sosegado estudio de un joven profesor sevillano (2) viene a dejar visto para sentencia un tema que ha sido clave en la cultura de estos últimos años. ¿Ha muerto la novela latinoamericana para el interés de los españoles? Tal pudiera pensar quien contempla con asombro el «gorros fuera» ante la aparición masiva de los Azúa, Hortelano, Vaz de Soto, etcétera. Pero por debajo de estos intringulis de la sociología literaria, Rodríguez Almodóvar se ha tomado el trabajo de fijar al corcho, con el alfiler crítico, lo que fue el «boom».

Antes hay que decir quién es Rodríguez Almodóvar. Algún día habrá que escribir del paso de Agustín García Calvo por la Universidad de Sevilla, en su cátedra de Lengua y Literatura Latinas. Ese día puede comenzar siendo hoy. Para las culturas provincianas de la posguerra habrá que estudiar el día en que en Salamanca coinciden en un curso —o algo parecido— el propio Agustín García Calvo, Josefina Rodríguez, Ignacio Aldecoa, José María de Quinto... Y también el día que Agustín García Calvo llega a Sevilla y co-

(1) Pablo Gil Casado: «La novela social española». Seix Barral. Barcelona, 1968.

(2) Antonio Rodríguez Almodóvar: «Lecciones de narrativa hispanoamericana, siglo XX (Orientación y crítica)». Publicaciones de la Universidad de Sevilla. «Manuales Universitarios», número 3. Sevilla, 1971.

mienza a desmontar los falsos cimientos de una Universidad tomista e imperial. En sus clases, más que enseñar latín imparte socráticamente duda a lo Juan de Mairena. Más que dogmatizar como cualquier compañero de claustro miembro de tres academias bostezantes, pregunta a los alumnos por sus propias dudas.

De aquel cercenado germen de Universidad crítica viene Rodríguez Almodóvar, como viene Alfonso Jiménez, el de «Oratorio» y «Quejío». Se le ve en este manual que se resiste a ser encorsetadamente académico, aunque parta de los materiales de estudio de un seminario en la Facultad.

De un lado, Almodóvar demuestra que el «boom» no fue cosa de un día. Parte del novecentismo, de los tópicos selvático-indigenistas de la novela latinoamericana anteriores a los años cincuenta; de Güiraldes, de «La vorágine», hasta de las «Tradiciones peruanas». Y después, apoyándose en las claves lingüísticas, sistematiza el «boom». Encuentra a Carpentier en calzoncillos blancos llamándose a sí mismo barroco; coge a Vargas cuando los leonciopradinos quemaban sus obras a lo Torquemada, una vez regresado él de los perros a la ciudad del mundo. Un punto que no se le escapa a Almodóvar es la atadura por el rabo de moscas tan habitualmente revoloteadas como la relación de la nueva novela latinoamericana con la revolución castrista; si me apuran, hasta con el allendismo.

De modo y manera que antes de enfrascarse con la lectura de las novedades de la «nueva novela española», antes de leer los versos de Jacqueline Kennedy —en francés, naturalmente— en la novela de Manolo Vázquez, no es mal ejercicio enfrascarse en la lectura de este manual, que algunos tomarán como epitafio para otro «boom». Juan-Agustín



Vázquez Montalbán.

je lúcido e inimitable —aunque imitado— de la «Crónica sentimental», pionera de un criticismo que ha tenido inacabable descendencia; del «Manifiesto subnormal», fórmula de un ensayismo que sabe conciliar el humor y la seriedad; de «La educación sentimental», una de las más conseguidas poéticas de los últimos tiempos. Y es, por supuesto, el lenguaje de sus novelas.

En esta de ahora, Vázquez ensaya la reconstrucción ficticia del reino kennedyano, incluido el trágico desenlace, desde el supuesto farsesco de que la realidad

EDITORIAL FUNDAMENTOS

Caracas, 15 - Madrid-4 - Teléfono 419 96 19

Colección ARTE

«Comix underground USA». Tamaño especial. Segunda edición. 150 pesetas.

¿Sabe usted qué diferencia existe entre «comix» y «comic»? ¿Quiere verdaderamente saber lo que es la contracultura y el «underground»? Conozca un mundo nuevo a través del libro más atrevido del año.

«El artista y su época». Ernst Fischer. 125 pesetas.

El autor, recientemente fallecido, plantea desde nuevas perspectivas el discutido problema del papel del artista en nuestra sociedad.

«Claude Chabrol», R. Wood y M. Walker. Fotografías. 125 pesetas.

A dos famosos críticos de Movie se debe este estudio sobre la personalidad y la obra de un director que es un maestro indiscutible en la cinematografía francesa. Filmografía completa.

* * *

Colección CIENCIA El conocimiento del entorno en que nos hallamos «es necesario» para crear una respuesta coherente a las provocaciones del medio.

«Antipsiquiatría». H. Heyward y M. Varigas. 100 pesetas.

No existen locos. La locura está en el medio. La denuncia más fuerte hecha a la Psiquiatría como defensora del orden social existente.

«Lo normal y lo patológico». A. Servantie. 100 pesetas.

El normal en nuestra sociedad es quien está adaptado a los valores dominantes, integrado en el grupo social. ¿Cuáles son las consecuencias de este presupuesto?

«Melanie Klein». Claude Geets. 100 pesetas.

Una introducción a los conceptos básicos de la teoría de Klein, confrontados con las distintas corrientes surgidas en el psicoanálisis infantil.

«Crítica del socialismo de Estado». S. Stojanovic. 100 pesetas.

Es urgente denunciar cómo el marxismo, teoría resueltamente anti-estatal, ha sido paradójicamente utilizada para desarrollar una fuerte oligarquía estatal.

«El capitalismo como sistema». Oliver C. Cox. 200 pesetas.

«Nunca se ha escrito un estudio tan completo y asequible acerca de la naturaleza y consecuencias de la implantación del sistema social que domina actualmente más de media Humanidad».

«La Ideología liberal», vol. I. Andree Vachel. 125 pesetas.

Superando los estudios clásicos sobre el tema, centrados solamente en el aspecto ideológico, esta obra profundiza en la base económico-social de la sociedad liberal, y establece correctamente sus relaciones con la ideología. Prólogo de Henri Lefebvre.



ARTE • LETRAS •

De Mairena-Calvo así lo enseñaba en sus clases sevillanas. Y Almodóvar nos lo ha recordado honrada, lúcidamente. ■ GARCIA ALJAQUEN.

Un admirador de «King-Kong»

¿Y quién no admira a «King-Kong»?

José Luis Giménez Frontín, nuevo en las plazas literarias, se confiesa admirador de «King-Kong» en la contraportada de su libro «La Sagrada Familia y otros poemas» (Lumen). Giménez Frontín tiene veintinueve años, y es la edad casi justa para empezar a admirar pocas cosas, y entre ellas, al patético «King-Kong». Giménez Frontín no quiere ser un poeta engañado, y dice de buenas a primeras que ha escrito el libro casi para los amigos. Hay que desconfiar de este tipo de afirmaciones. Decía Machado que quien no escribe para uno, no escribe para nadie. Es cierto. El cuidado se ha de poner en la elección de ese uno, y en la literatura masturbatoria que compartimos, el uno al que se habla suele ser uno mismo devuelto por un espejo patético.

El libro de Giménez Frontín no es una excepción. Está dirigido a sí mismo y, por lo tanto, dirigido a un culturalizado típicable, de unos treinta años, con escasas aptencias de promoción profesional (hablamos de un abogado que ejerce de lector de español en Bristol), con poco balance en su historia personal y en su historia civil, con la ética apuntalada por la estética y ésta por la ética. En fin, un miembro de la minoría silenciada por las estructuras y los dedos, y que, entre tanto...

«... respira, palpa, [muerte, coltea, entre los lobos lobo, [ulula, aulla, danza.

Quiere saber primero [todo lo que nos [muere y si todo nos muere [salvo el canto».

Menos mal que a Giménez Frontín le queda confianza en el canto y en «King-Kong». Ya es algo para ir tirando. Al margen de su ideología del desencanto («El mundo no es como lo esperábamos», ha escrito Jaime Gil de Biedma), Giménez Frontín es un poeta de indudable interés, a veces casi neoclásico, a veces poeta sumergido en el «submarino amarillo» de John Lennon. En ocasiones alcanza esa difícil unidad entre posición moral y lenguaje propio que produce el poema legible sin vergüenza ajena (es lo máximo que se puede pedir a una poesía entre amigos).

«Porque estamos in- [mersos en la historia de las letras de cam- [bio, de las horas de amor en los subur- [bios falsos, del "ghetto" que crea- [mos de la nada, de los amigos que des- [aparecen —el puño en alto— [cual héroes salidos de una antigua batalla [de moros y cristia- [nos, del pan que nos gana- [mos diariamente por entre los residuos [industriales, de tus frases brillan- [tes, de mis frases, pérdida de la inocencia [del escucha».

El libro contiene poemas hermosos, como el que le da principal título; poemas correctos y alguna repetición. Pero demuestra la suficiente soltura lingüística, la suficiente riqueza de registros emotivos y culturales como para que veamos en Giménez Frontín a un poeta al que irremisiblemente habrá que leer, del que irremisiblemente tendremos que esperar un segundo libro, no sólo necesario para él, sino

también necesario para todos los lectores que nos parecemos al autor. ■ M. VAZQUEZ MON- TALBAN.

Willy Brandt, en sus textos

Acaba de publicarse en España, con el título «La política de la paz», un libro con distintos textos de Willy Brandt: «Der Wille zum Frieden» (1). Es una colección de discursos y artículos que se inicia con un texto escrito al comenzar la segunda guerra mundial y termina con los discursos pronunciados en Oslo al recibir el Premio Nobel de la Paz (diciembre de 1971); en treinta años el pensamiento de Willy Brandt aparece como fijo y constante (aunque puede sospecharse que de una antología realizada por sus enemigos saldrían algunas contracciones), sobre todo en unos temas primordiales: la necesidad de la paz, la condena de toda forma de guerra, la vocación de europeísmo y de internacionalismo, la determinación de una responsabilidad de Alemania en la construcción de sociedades más libres, el respeto al hombre —al «humanismo»— en todas las ramas de la actividad política y social. La libertad individual y colectiva es, también, uno de sus «leit motifs». En política práctica, la idea de Brandt de que Alemania no debe adherirse a un solo grupo de vencedores, sino que debe equilibrarse entre el Este y el Oeste, es permanente también desde los primeros textos.

El libro lleva un prólogo de Golo Mann —hijo de Thomas

(1) Willy Brandt: «La política de la paz». Traducción de Victor Scholz, prólogos de Golo Mann y Sebastian Auger. Colección «Testimonio de actualidad», DOPESA. Barcelona, 1972.